

# San Francisco de Asís

Por ALBERTO J. BRIACCO

**E**L pretender reflejar en la pantalla la vida de un santo es empresa difícil. El director Michael Curtiz, de reconocida capacidad, lo ha intentado. En los mismos escenarios del pueblo de Asís, filmó para la 20th. Century Fox, basada en una novela de Louis de Wohl, esta película que relata los momentos más culminantes en la trayectoria de San Francisco, el santo del amor.

Lo ha hecho decorosamente, a pesar de los reparos que se le pueden hacer. La primera parte del film, refleja la suntuosidad y riqueza del medio que rodeó a Francisco en sus años de juventud. Palacios, desfiles, fiestas, placeres..., todo mostrado con grandilocuencia y realzado por el color, el cinemascopio y la música vibrante.

Hasta allí todo se asemeja a las grandes realizaciones de Hollywood. Nada se escatima y el gran espectáculo se logra.

En esa primera parte, el director, además muestra el fugaz romance con Clara, el comienzo de amistad con Paolo, y el cuadro de su hogar; el padre, rico comerciante que aspira para su hijo riquezas y gloria terrenal; y la madre que alimenta fervientes deseos de que se entregue a Dios.

Hasta allí, como hemos dicho, un tipo de film; luego, cuando el muchacho decide partir hacia los campos de batalla y, en el camino, siente el llamado de Dios, todo sufre un vuelco. Los paisajes, la música, el perfil de las nuevas gentes, los animales, las flores, los ríos, las montañas..., todo habla de una transformación: Francisco ha sido llamado y comienza su camino hacia Dios.

La reconstrucción del templo, el nacimiento de la orden franciscana, la pere-

grinación a Roma, la consagración de Clara, guiada por Francisco, la sana alegría del verdadero Amor, y la fortificante humildad, está lograda plenamente, con sencillez y espiritualidad.

Luego, y aquí los reparos, se confunde un poco la narración. El viaje a Jerusalén, el desprecio y encono de su amigo Paolo, resentido por no haber logrado el amor de Clara, la reforma de la orden por obra de Elías, están relatados un poco apresuradamente y no constituyen lo más relevante del film.

El valor reside en haber logrado, en ciertas secuencias, esa espiritualidad y ese mensaje de amor que San Francisco deja en los corazones.

Lo demás forma parte de lo histórico. Y las películas no suelen ser objetivas y fieles en ese aspecto. Por otra parte es imposible, en dos horas, relatar los detalles de una vida que, aun en distintas etapas, merecería un film profundo.

Pero lo importante y valioso lo debemos buscar en el sedimento; y en él encontraremos el mensaje real: la vivencia del amor, la alegría en la pobreza y la esperanza en la fe. Las palabras del pobrecito de Asís se graban en nuestros corazones, y en cada uno de ellos construyen un templo — Pax et bonum.

Michael Curtiz logra así un objetivo que, si no total, cubre lo fundamental y pretendible.

Técnicamente sin fallas. Los escenarios tienen autenticidad, a base de una maravillosa fotografía. La música, acorde con lo ya dicho del desarrollo general. La interpretación aceptable, aunque Bradford Dillman, en el papel de Francisco, no logra siempre la requerida profundidad del personaje. Dolores Hart,

bonita y nada más. El resto del elenco en un mismo nivel de efectividad. La presencia de un gran actor realza lo breve de su personaje: Pedro Armendáriz, como jefe sarraceno. Su encuentro con San Francisco en los difíciles momentos de la guerra santa, da lugar a un diálogo de actualidad: "Si todos los cristianos fueran como tú, todo sería distinto...",

como muchas cosas de esta época serían también distintas si cada uno viviera la oración del santo, y donde hubiera odio pusiéramos amor, donde hubiera ofensa pusiésemos perdón, donde hubiera discordia pusiésemos la unión... si no buscásemos tanto ser consolados, como consolar; ser comprendidos, como comprender, ser amados, como amar...

## Tres Veces Ana

**D**AVID Kohon, es un elemento nuevo de nuestro cine. Con un libro compuesto de tres cuentos, que le pertenecen, ha realizado esta película. Contó para ello con la colaboración del productor Marcelo Simonetti, también de la nueva camada, y un grupo de jóvenes actores.

Las tres historias tienen como tema central el amor, y un mismo nombre: Ana, "tres veces Ana".

El primero titulado "La tierra", relata la relación de dos jóvenes de nuestra ciudad. Ella es una empleada de juguetería y estudiante en una academia de cursos para comercio. El, Juan, un empleado de fábrica. Ambos jóvenes de clase media, se conocen en el tren donde diariamente viajan a sus respectivos trabajos.

La narración de ese encuentro y la ambientación del medio en que viven está realizada con gran maestría. Kohon, en pocos pantallazos, nos sitúa: en primer lugar en el escenario del relato: la ciudad de Buenos Aires; luego en los dos hogares donde viven: ambos fríos, rutinarios y vacíos.

A poco de conocerse, nace en ellos el amor. El ahogo de una vida sin sentido hace que se vuelquen uno en el otro, sin frenos, sin pensar en consecuencias y con pleno gozo de los sentidos. De ahí que cada encuentro se inicie en una plaza, en un paseo y termine siempre en un "hotel". Cuando los problemas sur-

gen, ante el futuro nacimiento de un hijo, recién se detendrán a pensar.

Ana enfrentará la realidad y, apoyada en su amor, pide a Juan el matrimonio. El se niega, cobardemente da espaldas a la responsabilidad. Ante la desilusión tampoco ella sabrá enfrentar su deber de madre y accederá asesinar a un ser indefenso.

Ella, él y también el médico, presentados realizando el acto más criminal, como el más simple e insignificante. Las razones que el autor y realizador pone en boca de su protagonista, son de orden económico, social y psicológico.

No pretendemos colocarnos en el pedestal de los fríos principios. Aceptamos la realidad de difíciles problemas existentes, causantes de muchas de estas situaciones. Comprendemos la necesidad imperiosa de solucionar la ausencia de vivienda..., etc., etc.; pero también, hablamos de encauzar y de educar; hablamos de cambiar el concepto que día a día se va haciendo común: el concepto de amor, que responde sólo al clamor físico, y al apetito de la carne.

En el caso de los protagonistas de la historia, narrada como está, vivieron ese amor desde un principio. En ningún momento trataron de luchar por un mañana promisorio. Vivieron el minuto. No se ensimismaron. Escucharon sólo el llamado de su egoísmo. El amor es dar. Y allí cada uno pidió para sí.

No solo hay que reformar un sistema



social y económico, sino mostrar un ideal más alto que el propio "yo". Hablar, gritar, la necesidad de un amor con mayúscula. Y no será presentando una realidad sin soluciones verdaderas como llegaremos a esa meta.

Porque si bien Ana, luego de aquello, se niega a realizar relaciones, al poco tiempo, reincidirá. Ambos se unirán nuevamente, sin futuro, sin esperanza, sin amor.

Técnicamente reconocemos el avance. Excelente fotografía, ambientación perfecta. Todo medido y equilibrado. Pero hace falta algo más.

La segunda historia, "El aire", es la más floja. En ella Ana es una mujer casquivana que, junto a un grupo de perversos y anormales, pasa las horas de su tremenda desesperación en una especie de "cueva" en la costa de Olivos.

Raúl, un joven "normal", trata de inculcar en ella sus buenas costumbres, pero terminará, después de decir cosas muy cuerdas y bonitas haciendo todo lo contrario, y claudicando ante la podredumbre y sensualidad del ambiente.

Señalamos y recalcamos, que ahí está lo malo y deformante de estos temas.

Kohon pone nuevamente, en este caso en boca de Raúl, muy buenos principios e ideas, pero luego se burla de ellos haciéndole hacer lo contrario.

Cinematográficamente hablando, no pasa de ser éste episodio una vulgar imitación de tanta película europea tipo "nouvelle vague"; que por sucias y repetidas, en nada enaltecerán nuestro cine y nuestro pueblo.

En el tercer y último episodio, el director apunta un poco más alto, tanto en el tema como en la realización.

El título "La Nube". La historia: Daniel Riglos, alias "el Monito" es dibujante de un diario. Vive solo en la gran ciudad. Extremadamente soñador cons-

truye su mundo lejos de la realidad que lo angustia.

Todos los días, por un instante, contempla extasiado un rostro de mujer, enigmáticamente oculto tras los cristales de una ventana. Se enamora de él, y vive en su imaginación un romance puro, tierno, alegre... Llega a encontrarse a sí mismo a través de ella.

A ese perfil, Kohon contrapone el de un redactor personificado por Lautaro Murúa. Es un intelectualoide, calculador, animado de un extremo escepticismo hacia el amor y la vida.

El director hace gala de un refinado preciosismo cinematográfico. La cámara describe parábolas, movimientos, detenciones y silencios, que transmiten y reflejan los sueños del "Monito". Quizás se detenga demasiado en algunos diálogos y enfoques; sobre todo los de la ciudad, que ya habían abundado en el primer episodio. Además olvida que el preciosismo debe ser empleado en la dosis suficiente como para no cansar, y en algunos momentos, aburre.

En síntesis, diremos que técnicamente seguimos avanzando; pero es imprescindible mejorar los temas, de modo que nuestro cine no sea un medio más para nuestra propia deformación.

María Vaner, en el personaje central de los tres temas, nos brinda un rostro expresivo, pero una insoportable afectación en la voz; sin matices, desgarrada (muy propio de casi todas nuestras estrellitas jóvenes).

Luis Medina Castro, en Juan, excelente. Desenvuelto, natural, expresivo. Alberto Argibay, en el papel de Raúl, poco convincente, en un personaje mal presentado e indefinido.

Walter Vidarte, medido y sensible, en "Monito".

Lautaro Murúa, intrascendente.

La fotografía de Ricardo Aronovich, lo mejor del conjunto.